

EL TESTIMONIO «DEL ESPÍRITU, Y DEL AGUA Y LA SANGRE» (1 Jn 5,8)

MIGUEL ÁNGEL TÁBET

Del texto 1 Jn 5,8 se han dado principalmente dos interpretaciones: una, en relación a los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, existiendo diferencias sustanciales por lo que se refiere al significado del término $\piνεῦμα$ (espíritu): la unción sacramental (W. Nauck); la unción prebautismal símbolo del don de la fe (I. de la Potterie) o la fuerza del Espíritu que actúa en los dos sacramentos mencionados (R. Schnackenburg); la segunda, en referencia al Bautismo de Jesús en el Jordán y a su Muerte cruenta en la Cruz (A. E. Brooke; S.S. Smalley), interpretación que prácticamente todos aceptan para el versículo 1 Jn 5,6. Es probable que el contenido de 1 Jn 5,8 hubiera resultado claro a los inmediatos receptores de la carta; ciertamente, como lo atestiguan las diversas interpretaciones, no lo es para nosotros. En esta comunicación intentaremos valorar el peso de las opiniones propuestas y examinar de qué y en qué sentido «agua» y «sangre», junto $\piνεῦμα$ (espíritu), son considerados testimonios por el autor de la carta.

El contexto inmediato del versículo que nos interesa es el siguiente¹: «¿Y quién es el que vence el mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? ⁶Este es el que vino por medio de agua y sangre: Jesucristo; no en el agua solamente, sino en el agua y en la sangre. Y el Espíritu es el que testifica, porque el Espíritu es la verdad. ⁷Pues son tres los que testifican: ⁸el Espíritu, y el agua, y la sangre; y los tres convergen en el único [testimonio]» (1 Jn 5,6-8). Nos encontramos en un contexto que proclama la fe como la fuerza capaz de vencer el mundo: sólo el que cree que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios es capaz de deshacer los obstáculos que se oponen al reino de Dios. Se trata, por tanto, de una fe cristológica y salvífica. En este marco de ideas resalta el concepto de «testimonio», vocablo frecuente en todos los escritos de

1. Hemos procurado presentar una traducción lo más literal posible.

San Juan²; aquí se trata de los testimonios de la fe: tanto de la venida histórica de Jesús como en el presente de la Iglesia. Éstos, según el autor de 1 Jn, son el «espíritu», el «agua» y la «sangre». Llama profundamente la atención que «agua» y «sangre» aparezcan como testimonios junto a «espíritu». Su interpretación no resulta del todo evidente; tanto más cuanto los vocablos mencionados parecen cobrar diferentes connotaciones en el paso de una afirmación a otra de la carta.

1. LA VENIDA DE JESUCRISTO EN EL «AGUA» Y LA «SANGRE» (v. 6a)

Las diversas interpretaciones del v. 6a se pueden reducir principalmente a tres³. Quienes lo han leído a la luz de los capítulos cuarto y sexto del cuarto evangelio, donde se mencionan respectivamente los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, sostienen que «agua» y «sangre» aluden a esos dos sacramentos (Cullmann, Westcott, y fue la opinión de Lutero y Calvino⁴). Pocos siguen hoy dicha interpretación, pues si bien es verdad que ὕδωρ (agua) puede significar en el lenguaje neotestamentario el Bautismo, como sucede en el mismo capítulo cuarto del evangelio de San Juan, no ocurre lo mismo con αἷμα (sangre), que nunca se utiliza para designar la Eucaristía. Además, el aoristo ἐλθών, en la frase «el que vino (ἐλθών) por agua y sangre», exige dirigir la mirada a determinados acontecimientos históricos vinculados a la vida de Jesús sobre la tierra, característicos de la misión que había venido a realizar.

Tampoco la opinión que acude a Jn 19,34, texto que afirma que del costado de Jesús abierto por la lanza de uno de los soldados «salió sangre y agua (ἐξῆλθεν εὐθὺς αἷμα καὶ ὕδωρ)», goza hoy de gran aceptación. Esta interpretación se atribuye originariamente a San

2. Los términos del campo semántico de «testimonio» son característicos de San Juan y de los Hechos. De las 76 veces que el verbo μαρτυρέω aparece en el NT, 43 se encuentran en el evangelio y en las cartas de San Juan (respectivamente 33 y 10) y 11 en los Hechos; en el resto de los escritos neotestamentarios aparece: 4 en Ap, 8 en Hb, mientras que San Pablo lo emplea solamente 6 veces y los sinópticos 2. El sustantivo μαρτυρία, que aparece 37 veces en el NT, se encuentra en un total de 21 entre el evangelio y las cartas de Juan (respectivamente 14 y 7), 9 en Ap, mientras que falta del todo en las cartas paulinas y en Hb. El sustantivo μάρτυρ se usa 35 veces, de las cuales 13 en Hch, 9 en Pablo y 5 en el Ap. Los verbos compuestos aparecen muy rara vez, solamente διαμαρτύρομαι aparece en 15 pasajes (9 en Hch), pero con el significado de predicación.

3. Cf. S.S. SMALLEY, *1,2,3 John*, en *Word Biblical Commentary*, v. 51, Word Books, Waco (Texas) 1984, pp. 277-280.

4. Cf. O. CULLMANN, *Early Christian Worship*, SCM Press, London 1953 (8.^a imp. 1973), p. 110, nota 1; B.F. WESTCOTT, *The Epistles of St. John*, The Marcham Manor Press, Abingdon, 1966⁴, p. 182.

Agustín⁵. A su favor está la semejanza de lenguaje utilizado en uno y otro texto (Jn 19,34 y 1 Jn 5,6), además de poder justificar el aoristo de 1 Jn 5,6. La diferencia en el orden de las palabras «agua» y «sangre» en uno y otro caso no ofrece dificultad, pues se puede explicar por el deseo del autor de 1 Jn de enfatizar el término «sangre (αἷμα)», como se ve en la cláusula que sigue: «no con el agua solamente, sino con el agua y la sangre», de claro sabor polémico. Pero persiste una objeción: si es verdad que los vocablos «agua» y «sangre» pueden simbolizar los dos aspectos de la misión de Jesús (purificar y redimir), el hecho como tal de la emanación del agua y de la sangre del costado de Jesús difícilmente puede ser considerado como el medio a través del cual Jesús «vino» a dar cumplimiento a su misión salvífica. La expresión «por medio de agua y sangre (δι' ὕδατος καὶ αἵματος)» parece querer expresar eventos singulares históricos a través de los cuales la «venida» de Jesucristo se manifestó.

Por esto, la mayor parte de los exégetas (J. Michl, A. E. Brooke, S. S. Smalley, I. de la Potterie, R. Schnackenburg, etc.), siguiendo los pasos de algunos escritores de época patristica, entre los que se encuentran a sus extremos Tertuliano⁶ y Beda el Venerable⁷, consideran las palabras de 1 Jn 5,6 una clara referencia al Bautismo del Jordán y a la Muerte de Jesús en la Cruz⁸, acontecimientos que delimitan el comienzo del ministerio público de Jesús (cuando fue consagrado por el Espíritu para emprender su misión mesiánica) y la consumación de la misión a él confiada por su Padre Dios (realización total y definitiva del significado fundamental de la Encarnación: la irrupción de la vida divina entre los hombres). Históricamente, en efecto, se puede afirmar que Jesús «vino» en poder y autoridad en las aguas del Bautismo, momento en el que, por primera vez, públicamente, fue declarado Hijo de Dios ante los hombres; y «vino» en poder y autoridad, en un sentido más alto, en el momento de la Cruz, hecho que el cuarto evangelio menciona como «hora de la glorificación» de Jesús (Jn 17,1). Los tér-

5. Cf. *Contra Maximum* II, 22, 3. San Agustín, sin embargo, no comenta directamente el v. 6, sino el v. 8, queriendo demostrar, contra el obispo arriano Maximino, que 1 Jn 5,8 no afirma que el Espíritu fuera de la misma naturaleza que el agua y la sangre, sino que estas dos cosas son sacramentos, en los que hay que atender no a lo que son sino a lo que significan, como ocurre en Jn 19,30-34.

6. Cf. *De Baptismo* 16: CSEL XX,214.

7. Cf. *In I Ep. S. Ioannis, ad loc.* PL 93,114.

8. El comentario de Tertuliano dice así: «A decir verdad, tenemos todavía un segundo bautismo, también único, el de sangre, del que el Señor afirma: "Todavía tengo que recibir un bautismo" (Lc 12,50), aunque en realidad había sido ya bautizado. Él había venido, como escribe Juan, "por medio de agua y sangre" (1 Jn 5,6), es decir, para ser bautizado en el agua y para ser glorificado en la sangre». El de Beda afirma análogamente: «*El que vino en agua y sangre*, a saber, el agua del lavabo y la sangre de su Pasión».

minos «agua» y «sangre» aludirían, por tanto, a los dos grandes eventos que delimitan la histórica manifestación del Hijo de Dios entre los hombres, lapso temporal en el cual culminó su misión redentora.

La introducción del inciso «no en el agua solamente, sino en el agua y la sangre»⁹, de clara índole polémica, favorece la última hipótesis. Juan parece, en efecto, tener presente la herejía de Cerinto y de algunos falsos doctores imbuidos de ideas gnósticas¹⁰ para quienes Jesús, nacido como todos los demás hombres, habría recibido la fuerza del Espíritu en el Bautismo del Jordán, deviniendo Cristo, fuerza que le abandonaría poco antes de la Pasión. Con esto, los falsos maestros valorizaban, sí, el carácter revelado de la gnosis religiosa y el lavado en las aguas bautismales, parte del ritual litúrgico de muchas sectas, anulando o relegando la eficacia salvadora de la Muerte propiciatoria de Cristo en la Cruz¹¹. Dicha herejía establecía así una ruptura entre el Bautismo y la Cruz, entre el «Cristo pneumático», portador de un mensaje divino, incapaz de sufrir (*Christus spiritalis*), y el hombre Jesús, llevado a la muerte con una muerte ignominiosa sin valor salvífico alguno. «Frente a semejante pneumatización, nuestro texto subrayaría el acto histórico de la redención de Jesús, que atribuye a éste no sólo la categoría de un primer “pneumático”, sino además la del único e imprescindible mediador de salvación»¹². Esto explicaría la contraposición que Juan establece entre «agua» y «sangre»: es un recurso estilístico con

9. En general, los autores tienden a considerar que el cambio de *διὰ* (por medio de) por *ἐν* (en) a lo largo del v. 6 no es teológicamente significativo: sería un recurso estilístico para agilizar la frase. Los intentos en sentido contrario no han dado resultados exegéticamente convincentes.

10. Sobre Cerinto, cf. SAN IRENEO, *Adv. haer.* 1,26,1; SAN HIPÓLITO, *Refutatio omnium haeres.* 7,33. En relación al pensamiento gnóstico, cf. entre otros H. LEISEGANG, *La gnose*, Payot, París 1971; H.-Ch. PUECH, *Sulle tracce della Gnosi*, Adelphi, Milano 1985; y H. JONAS, *Lo gnosticismo*, SEI, Torino 1991. Respecto a las herejías que parece combatir 1Jn, cf. en particular A.E. BROOKE, *The Joannine Epistles*, en *The International Critical Commentary*, T.&T. Clark LTD, Edinburgh 1912 (última impresión: 1980), pp. XXXIII-LII.

11. No parece que San Juan refutase solamente los errores docetas, que negaban el realismo de la Encarnación del Verbo. Aquí se trata de algo más. Juan pretende más bien rechazar, como dijimos, la herejía de Cerinto y sus seguidores, que pensaban que el Cristo celeste había descendido sobre Jesús en el momento del Bautismo, separándose de él antes de su Pasión; por eso, habría señalado que Jesús vino «no en el agua solamente, sino en el agua y la sangre», fórmula que evidencia el hecho de que Jesús no dejó de ser el Mesías durante su Pasión: lo fue siempre. Autores como R.E. Brown opinan que las herejías a las que alude el texto de Juan se habrían formado en el círculo joánico por una lectura parcial del cuarto evangelio: éstos habrían aceptado la enseñanza del evangelista por lo que se refiere al realismo de la Encarnación, pero limitado o negado el valor salvífico de la Cruz. Por eso 1Jn habría unido afirmaciones sobre la preexistencia de Jesús con otras sobre su realidad terrena. Si Juan no se refiere a los momentos anteriores al Bautismo en el Jordán es porque su interés se centra en la vida pública de Jesús, manifiesta a todo el pueblo. Sobre estas y otras opiniones, cf. S.S. SMALLEY, *1,2,3 John*, pp. 278-279).

12. R. SCHNACKENBURG, *Cartas de San Juan*, Herder, Barcelona 1980, p. 281.

el que habría intentado subrayar el valor salvífico de la «sangre» de Jesús; o si se prefiere, presentar la figura de Jesús no sólo como Revelador sino también como Redentor.

En esta reseña de las diferentes interpretaciones de 1 Jn 5,6a cabe mencionar la de autores como W. Thüsing¹³, los cuales, considerando que cuando el cuarto evangelio habla del «agua» lo hace en relación al agua que Jesús dona, de la que viene la nueva vida en el «agua» y el «Espíritu» (Jn 3,5), «agua viva» que salta hasta la vida eterna (Jn 7,37-39), concluyen que la frase «vino por medio de agua» (expresión que tal vez Juan tomaría de los herejes para rebatirles) se refiere quizá a que Jesús con su venida al mundo trajo el «agua» vivificante, lo que aceptarían las doctrinas gnósticas. La «sangre» estaría vinculada a la expiación de los pecados, como se lee en diversos textos joánicos (1 Jn 1,7; 2,2; Jn 1,29.36), por lo que significaría el don de la expiación. En este caso los dos dones serían un único don, pues la acción salvífica y vivificante de Jesús requiere la expiación, sin la que no puede haber «agua viva»; y ese don sería el don del Espíritu, fruto de la Cruz. Jesús, por tanto —se afirma—, ha venido no sólo con (ἐν) el «agua» (con la donación de la vida en el Espíritu) sino por medio de (διὰ) la sangre (donando el Espíritu de expiación). El hecho de que la preposición διὰ indique un medio a través del cual Jesús «vino» y no el don efecto de su venida, y la presencia del aoristo ἐλθών, han motivado que esta explicación haya encontrado escaso eco.

2. EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU (v. 6b)

El v. 6b es un eco, de gran nitidez, de una de las promesas contenidas en los pasajes sobre el Paráclito del cuarto evangelio: «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él testificará en mi favor» (Jn 15,26). Aquí, como en 1 Jn 5,6b, el Espíritu es mencionado como «Espíritu de verdad» y como «testigo» que testimonia a favor de Jesús. En 1 Jn 5,6b se precisa, además, que es testigo «único» (ἐστιν τὸ μαρτυροῦν), siempre actual (como indica ἐστιν, en presente), de la venida de Jesús en «agua» y «sangre». Toda la doctrina sobre el carácter testificante del Espíritu, en el pasado y en el presente, individual y colectiva, en el corazón de los fieles y en la Iglesia, a través de la predicación, de la profecía y de los sacramentos, parece afluir en dicha afirmación¹⁴.

13. Cf. *Le tre lettere di Giovanni*, en *Commenti spirituali del Nuovo Testamento* (colección dirigida por W. Trilling en colaboración con K.H. Schelkle y H. Schürmann), Città Nuova, Roma 1984, pp. 163-168 (or. al. Patmos, Düsseldorf 1970).

14. Cf. S.S. SMALLEY, *1,2,3 John*, p. 280.

Tal vez detrás de ella se encuentre también una velada polémica contra los que asignaban al Espíritu una misión diferente a la de Cristo, quizá más alta, rompiendo la unidad entre el Espíritu y Jesús. El paralelo con la descripción del Bautista en el prólogo de Jn parece confirmarlo: «Éste vino para dar testimonio, para testificar en favor de la Luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la Luz, sino [que vino] para testificar en favor de la Luz» (1,7-8). La misión del Espíritu en la Iglesia es la de testimoniar. La alusión a que el Espíritu «es la verdad», expresión que Jesús se aplica a sí mismo (Jn 14,6), parece cumplir una doble finalidad: sugerir que, en la diversidad, existe una identidad entre el Espíritu y Jesús y, por otra parte, señalar que, porque el Espíritu es la «verdad», posee un pleno conocimiento del misterio de Cristo y la plena posibilidad de llevar a cabo su función de testimonio, desvelando todo el misterio escondido en Jesús. En esto está como obligado, porque no se puede negar a sí mismo.

Queda, sin embargo, una pregunta: ¿por qué se introduce aquí el Espíritu como testigo? Las siguientes palabras de Schnackenburg parecen ofrecer una respuesta adecuada: «La muerte de Jesús —sobre la que carga todo el énfasis— no habla en su favor, al menos ante el mundo, sino que es más bien un escándalo incómodo (cf. Jn 14,1.29). Pero el sentido de este tránsito de Jesús lo descubre el Espíritu, que el propio Jesús ha enviado después de retornar al Padre (Jn 16,7). Este Paráclito depondrá su testimonio en favor de Jesús (Jn 15,26), y al mundo incrédulo y enemigo de Dios lo convencerá de la justicia (de Jesús, Jn 16,10), poniendo así de manifiesto la victoria de Jesús sobre el señor de este mundo (Jn 14,30; 16,33). El Espíritu puede realizar esta actividad testifical porque “es la verdad”, es decir, porque dispone de la verdad (divina) y la trasmite fielmente»¹⁵. El verbo en presente (εἰσιν), ya no en aoristo, sugiere que se está hablando del testimonio del Espíritu dentro de la Iglesia y por la Iglesia (cf. Jn 15,26; 16,10).

3. EL ESPÍRITU, EL AGUA Y LA SANGRE, UN ÚNICO TESTIMONIO EN EL PRESENTE DE LA IGLESIA (vv. 7-8)

Si antes se ha afirmado que el Espíritu es quien testifica que Jesús vino en «agua» y «sangre», ahora se señala que «agua» y «sangre» dan también testimonio, siendo así que son tres los que testifican. Este cambio de perspectiva sugiere un cambio de significado en los conceptos «agua» y «sangre», como opinan muchos autores. Su identificación depende del término «testimonio». Este vocablo, aquí como

15. R. SCHNACKENBURG, *Cartas de San Juan*, p. 282.

en general en los escritos de San Juan, implica una finalidad determinada: es una invitación a creer; y supone siempre la presencia de testigos (cf. Jn 8,18ss). Es probable que Juan, que utiliza una terminología jurídica, aluda a los procedimientos legales, que exigían que la verdad fuera probada al menos por dos testigos fidedignos (cf Dt 17,6; 19,15; Mt 18,16; 2 Co 13,1; Jn 8,17)¹⁶. Si son tres los que dan testimonio sobre el hecho de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios —sobre su filiación divina y la misión redentora—, y ese testimonio es unánime (οἱ τρεῖς εἰς τὸ ἓν εἰσιν), necesariamente se ha de aceptar. Sorprende, sin embargo, que a πνεῦμα (espíritu) siga el sintagma καὶ τὸ ὕδωρ καὶ τὸ αἷμα (el agua y la sangre) de modo tal que los sustantivos mencionados aparecen situados en un mismo plano, como lo pone de manifiesto la partícula καὶ que une los tres términos. Además, aunque los tres vocablos son neutros, Juan los introduce por medio de una cláusula en masculino plural (οἱ μαρτυροῦντες), dando como resultado una personificación no sólo de «espíritu» sino también del «agua» y la «sangre». ¿A qué aluden aquí «agua» y «sangre»? ¿A lo mismo que hasta hace poco venían significando? ¿Qué tipo de testimonio ofrecen? Las opiniones se dividen¹⁷:

— Para algunos (J. Michl¹⁸, A. E. Brooke¹⁹, S. S. Smalley²⁰), habría que leer los vv. 7-8 conforme al contexto precedente, traduciendo la palabra «testimoniar», según un cierto uso semita, en el sentido de «hacer notorio». El significado podría ser que el Espíritu, con el Bautismo de Jesús y la Muerte de Cruz (sucesos que vienen como a enmarcar y resumir toda la vida de Jesús y su actividad redentora) manifiestan conjuntamente, también en el hoy de la Iglesia, la realidad de Jesús como Mesías e Hijo de Dios. Hay un acuerdo entre los tres. Espíritu, agua y sangre (Paráclito y manifestación histórica de Jesús) poseen un mismo fin, van en una misma dirección, tienden a un mismo resultado: el establecimiento constante de la verdad sobre Jesús en cuanto Cristo e Hijo de Dios²¹. El Paráclito se presenta por tanto como aquél

16. San Pablo también recurre a esta disposición legal (2 Cor 13,1), como antes lo había hecho Jesús (Mt 18,16; Jn 8,17-18).

17. Algunas más de las que mencionaremos se pueden encontrar en S.S. SMALLEY, *1,2,3 John*, pp. 281-283.

18. Cf. *Le lettere cattoliche*, Morcelliana, Brescia 1968, pp. 321-322.

19. Cf. *The Joannine Epistles*, p. 137.

20. En su comentario antes citado S. S. SMALLEY, *1,2,3 John*, pp. 282-283.

21. Algunos autores precisan que la voz de Dios durante el Bautismo de Jesús declarando la filiación divina del Hijo (Mt 3,17 y par.), así como el descenso del Espíritu Santo; e igualmente, la resurrección y exaltación que siguieron a la Pasión, con los muchos milagros que se sucedieron (el rasgarse del velo del templo, el temblor de tierra, las hendiduras en las rocas, la apertura de los sepulcros, la resurrección de muchos cuerpos, etc.), revisten carácter de testimonio y son la explicación de la misión divina del Hijo para todas las generaciones.

que en el presente de la Iglesia hace revivir constantemente el misterio de Cristo y su andar histórico.

— Según otros, «agua» y «sangre» aludirían en 1 Jn 5,8 a los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía (Ch. H. Dodd, R. Bultmann), sacramentos que ofrecen una continuidad al testimonio dado por el Espíritu sobre la Encarnación y Muerte redentora de Cristo. Esta opinión, aunque presenta un hecho positivo e innegable, sin embargo, como tal, no explica suficientemente el contexto de nuestro versículo que, en el v.6, según la interpretación más común hoy día (como vimos, y como aceptan los autores mencionados) fija la mirada en los eventos históricos de la venida de Cristo, según indica el tiempo aoristo del verbo ἔρχομαι (ἐλθών).

— Por eso, muchos otros intérpretes prefieren una lectura más articulada, y aunque refieren los vocablos «agua» y «sangre» del v. 8 a los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, sacramentos que proclaman la acción salvífica de Jesús (cf 1Cor 11,26), consideran que hay un deslizamiento de ideas a lo largo de toda la unidad textual. Veamos más de cerca esta interpretación en dos de sus principales exponentes.

Según I. de la Potterie²², que se apoya en los estudios de W. Nauck para quien «espíritu» indicaría un don prebautismal (concretamente, el rito de la «unción» propio del sacramento de la confirmación cristiana)²³, habría que leer 1 Jn 5,8 a la luz del tema dominante de toda la unidad 1 Jn 5,1-12, que es el don de la fe (cf 1 Jn 5,1.5.11). En este sentido, el término πνεῦμα, que precede a los vocablos «agua» y «sangre», con los que está íntimamente unido, debería designar el don prebautismal de la fe²⁴. Esto sería conforme con una tradición que, re-

Esos signos, verificados después del Bautismo y de la Cruz, han quedado para siempre como claro testimonio de Dios a favor de Jesús. La confesión del centurión al pie de la Cruz (Mt 27,51-54) sería un primer eslabón de la cadena de fe basada en esos signos.

22. Cf. *La notion johannique de Témoignage*, en «Sacra Pagina» II (1959) 202-208.

23. Cf. W. NAUCK, *Die Tradition und der Charakter des ersten Johannesbriefes*, Tübingen 1957, pp. 147-182. Para Nauck, los tres testigos aludirían a los tres sacramentos de la iniciación cristiana, la Unción, el Bautismo y la Eucaristía. Schnackenburg, en su crítica a Nauck en BZ 4 (1960) 297, señala que, a pesar de la enorme documentación del autor, no parece legítimo identificar en 1Jn 5,8 πνεῦμα con la unción sacramental, pues, en el marco del Nuevo Testamento, donde se insertan por completo los escritos joánicos, tal identificación no se puede demostrar. Además, en 1Jn 5,6-8 τὸ πνεῦμα indica siempre el Espíritu Santo, al que le corresponde, como Espíritu de verdad, testificar y esclarecer aquellos actos salvadores de Jesús. Schnackenburg añade que en la opinión de Nauck habría cabido esperar como palabra singular, junto a «agua» y a la «sangre», el «aceite» de la unción y no «espíritu».

24. De la Potterie rechaza la opinión de F.-M. Braun (*L'eau et l'Esprit*, «Revue Thomiste» 49 [1949] 18-22), para quien «espíritu» sería la gracia bautismal, simbolizada por el «agua», pues no se comprende en qué sentido podría testimoniar. Además, en esta interpretación, el espíritu y el agua no deberían simplemente haber sido yuxtapuestas, al no ser rea-

montándose al ritual de iniciación de los textos de Qumran (que hablan de una purificación por el «espíritu» de santidad y de verdad antes de la purificación con el «agua» lustral)²⁵ y pasando por 2 Cor 1,21-22 (donde se menciona una unción por la fe que precede inmediatamente la σφραγίς, es decir, el sello o arras del Bautismo), ha tenido vigencia en la Iglesia durante los primeros siglos, particularmente en el rito bautismal de la iglesia siríaca, que da gran importancia a la unción prebautismal, puesta en relación con el Espíritu²⁶. En esta tradición litúrgica, además, la Eucaristía se confiere inmediatamente después del Bautismo. Tenemos, por tanto, el siguiente orden: unción del Espíritu (símbolo de la fe), Bautismo de agua, Eucaristía, tal y como aparece en 1 Jn 5,7. Este sería probablemente, según I. de la Potterie, el contexto de lectura de nuestro versículo. Los tres testimonios, el del espíritu, el agua y la sangre serían los de la fe, el Bautismo y la Eucaristía. Ellos van hacia un mismo fin, confluyen en un mismo resultado: revelar la filiación divina de Jesús (objeto de la fe) y hacer participar de ella a los creyentes (por medio de los sacramentos). La donación del Espíritu nos hace creer que Jesús es el Hijo; el Bautismo y la Eucaristía, vivir la vida divina que es en el Hijo (v. 11).

Para R. Schnackenburg²⁷, 1 Jn 5,7-8 tiene, en efecto, una dimensión sacramental, y es legítimo suponer un corrimiento de ideas respecto al v.6, puesto que en el v.7 «agua» y «sangre» se consideran elementos, no sucesos, y se les valora en cuanto testigos, hablándose de ellos en masculino, aunque, como πνεῦμα, son de género neutro. Pero según Schnackenburg, πνεῦμα es mencionado, y en primer lugar, no porque aluda a la fe (y menos todavía a la «unción»), sino porque el Espíritu es el principio vital del que reciben su fuerza los dos sacramentos (cf. Jn 3,6; 6,63)²⁸. San Juan, con el doble sentido que da a

lidades del mismo orden, siendo el «agua» el signo y el «espíritu» la realidad testimoniada. Es también llamativo que el «espíritu» sea mencionado antes que el «agua» y la «sangre».

25. 1QS 3.6b-12 (cf. W. NAUCK, *Die Tradition und der Charakter des ersten Johannesbriefes*, pp. 167-169).

26. De la Potterie cita principalmente *Los Hechos de Tomás* 25.27.88.121.157; *Las Constituciones Apostólicas* 3,17,1; 7,22,1-2; y los himnos de San Efreem y San Epifanio, textos analizados en *L'onction du chrétien par la foi*, «Biblica» 40 (1959) 59-64.

27. R. SCHNACKENBURG, *Cartas de San Juan*, pp. 282-285.

28. Aunque Schnackenburg no cita aquí ningún texto patrístico, su opinión, por lo que respecta a la eficacia del Espíritu en el sacramento, parece coincidir con el pensamiento de algunos Padres, como San Ambrosio, el cual, contra aquellos que consideraban el «don del agua» de la misma naturaleza que el «don del Espíritu» (sobre este tema cf. también SAN BASILIO, *De Spiritu Sancto* 15,34), escribe: «el agua es la imagen de la muerte, mientras el Espíritu es las arras de la vida, de modo que mientras “el cuerpo de pecado” (Rm 6,6) muere en el agua, encerrado como en un sepulcro, por la virtud del Espíritu somos renovados de la muerte del pecado. Por eso “estos tres” testimonios (el agua, la sangre y el Espíritu) “constituyen una unidad” como dice Juan: una unidad en el misterio, no en la naturaleza. El agua

sus palabras y con la doble relación que establece entre los conceptos «agua» y «sangre», parece querer señalar que existe una continuidad entre los testimonios existentes en el hoy de la Iglesia sobre Cristo y el gran acontecimiento salvador que es la venida histórica del Hijo de Dios «por medio de agua y sangre». La conexión no se rompe: en el v.6, por una parte, Juan recuerda el tema histórico de la venida de Jesús y, por otra, apunta a los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía que, operando por encima del tiempo, adquieren una función testimonial metahistórica para las sucesivas generaciones de creyentes. Schnackenburg añade que probablemente, San Juan, en los vv. 7-8, tenía presente lo narrado en Jn 19,34, como exige el contexto y el tenor literal; en dicho caso se pondría de manifiesto una profunda concepción teológica del autor: «la actuación salvífica de Dios, que en principio y de forma universal tuvo lugar en el envío y muerte de su Hijo, prosigue de un modo continuado en la Iglesia, que, a través de la predicación y los sacramentos, hace partícipe de la vida divina a cada uno de los creyentes incluso en épocas posteriores»²⁹. Además, precisa Schnackenburg, es probable que en los vv. 7-8 Juan entrara en polémica contra las herejías gnósticas sobre los sacramentos, de modo particular la de los que rechazaban la recepción de la Eucaristía al negar su carácter sacrificial. Estos herejes no sólo negaban la importancia salvadora de la Muerte de Jesucristo, sino también, y consecuentemente, la necesidad de recibir la Eucaristía, en la que esa Muerte se re-presenta y donde se comunica la fuerza redentora de la carne y la sangre de Jesús³⁰.

testimonia la sepultura; la sangre, la muerte; el Espíritu, la vida. Si por tanto en el agua está la gracia, ella no deriva de la naturaleza del agua, sino de la presencia del Espíritu Santo» (*De Spiritu Sancto*, 1,6,77). En el *De mysteriis* 4,20, San Ambrosio amplía su pensamiento señalando que en el Bautismo los tres testimonios de los que habla San Juan son una sola cosa, porque si faltase uno de ellos el sacramento no tendría ningún valor: «Has leído que en el Bautismo los tres testimonios, el agua, la sangre y el Espíritu, “son una cosa sola”, porque si tú quitases uno de ellos, el sacramento del Bautismo no existiría. ¿Qué es en efecto el agua sin la Cruz de Cristo sino un elemento privado de cualquier ventaja propia del sacramento? Ni, por otra parte, sin el agua habría el misterio de la regeneración. “Si uno”, en efecto, “no renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. Pero también el catecúmeno cree en la Cruz del Señor, con la que es signado; pero si no es bautizado “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” no puede recibir la remisión de los pecados ni alcanzar el don de la gracia espiritual». En estos dos textos citados, la «sangre» hace referencia a la eficacia de la Cruz de Cristo. En el *De virginitate*, sin embargo, Ambrosio aplica el término a la Eucaristía: «El agua para el lavado, la sangre para la bebida, el Espíritu para la resurrección. En efecto, un único Cristo es para nosotros esperanza, fe y caridad; esperanza en la resurrección, fe en el lavado, caridad en el sacramento [de la Eucaristía]» (3,5,22). Cf. también *In Luc* 10,48.

29. *Ibid.*, p. 284.

30. Ignacio de Antioquía testifica explícitamente que los herejes cristológicos «se abstienen de la Eucaristía y de la oración, porque no reconocen que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo que ha padecido por nuestros pecados» (*Es* 7,1). En esta carta, como eco de Jn y de 1Jn, Ignacio habla también, repetidas veces, de la «sangre de Cristo»

CONCLUSIÓN

Al llegar al término de esta exposición, que se ha limitado a presentar un *status quo* de las diversas interpretaciones de 1 Jn 5,8, podemos aventurar algunas consideraciones. El lenguaje conciso de Juan y la simbología con la que envuelve sus palabras, unidos a la falta de un cabal conocimiento por nuestra parte de la situación histórica de la Iglesia de finales del primer siglo, dificultan dar una respuesta definitiva a la interpretación de nuestro versículo. En muchos aspectos los intérpretes están de acuerdo: en el referente histórico de las palabras del v. 6a; en el cuadro general de las herejías que combate San Juan en su carta; en la mención del Espíritu como aquel que puede testimoniar en verdad sobre Jesús llevando la revelación a su plenitud; en la alusión que hace Juan a los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía; en la constante mirada de San Juan al evento de la Cruz, donde del costado abierto de Jesús brotaron «sangre» y «agua»; y en la continuidad que para Juan representan los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía respecto a los misterios salvíficos de la Encarnación.

En este marco, es el significado más exacto de τὸ πνεῦμα en 1 Jn 5,8 lo que encuentra las mayores dificultades de interpretación. La alusión al Espíritu es clara; no lo es tanto si se trata del Espíritu como ser Personal o si se trata de alguno de los efectos que produce (la fe, el sello o carácter de la unción, la gracia). Ciertamente, el hecho de que se trate de la «unción» (correspondiente al sacramento de la confirmación, según Nauck) tiene a su favor el que el término «espíritu» es citado en un mismo plano que «agua» y «sangre», apareciendo los tres términos en un orden que refleja una cierta praxis de la Iglesia primitiva; pero surge la dificultad de que no parece que el simbolismo que identifica πνεῦμα y «unción del Espíritu» pueda entrar en un contexto propiamente neotestamentario. ¿Puede colocarse la «fe» como el tercer elemento que da testimonio? Es verdad que por medio de la fe, el Espíritu testimonia continuamente en el alma del creyente y en la vida de la Iglesia. Por la fe y los sacramentos revive continuamente el misterio de Jesús en la Iglesia: la fe, el Bautismo y la Eucaristía dan testimonio de la Encarnación por medio de sus efectos espirituales. La opinión parece bastante plausible, y la identificación de «fe» con τὸ πνεῦμα resulta menos forzada que en la interpretación anterior, aunque deja un margen de dudas. Análogas dificultades surgen cuando se afirma que

(Esm 1,1; 6,1; 12,2), de la existencia de Jesús «en carne» (Esm 1,2; 3,1s), del error de negar a Cristo como «sarkofóro (portador de un cuerpo)» (5,2) y de la Eucaristía (7,1; 12,2). Schnackenburg considera que difícilmente cabe poner en tela de juicio la conexión entre IgnEsm y la doctrina joánica de la eucaristía.

τὸ πνεῦμα indica el Espíritu en cuanto causa eficaz del testimonio que dan el Bautismo y la Eucaristía en el presente de la Iglesia. Es cierto que en esta opinión se conserva el paralelismo entre el testimonio «por medio de agua y sangre» en la venida histórica de Jesús y el testimonio del «agua, y la sangre» vivificados por el Espíritu en el presente de la Iglesia; sin embargo, no explica del todo la mera yuxtaposición existente en los tres términos de la cláusula τὸ πνεῦμα καὶ τὸ ὕδωρ καὶ τὸ αἷμα. Una respuesta definitiva parece por tanto aguardar.

Quizá en el fondo conviene afirmar que las diversas explicaciones propuestas no se excluían en el pensamiento de San Juan, para quien Cristo, ciertamente, vino por el Bautismo en el Jordán y por la Muerte en la Cruz, dejando un claro testimonio de su existencia histórica en el agua y la sangre que fluyeron de su costado abierto, símbolos de los dos grandes sacramentos cristianos del Bautismo y la Eucaristía, sacramentos que actualizan, con la colaboración del Espíritu, el misterio eterno de nuestra redención, haciendo a Cristo presente entre los hombres. No extraña por eso que Tertuliano haya unido la explicación histórica a la simbólica, considerando el agua y la sangre que emanaron del costado abierto de Jesús (Jn 19,34) signos de su venida histórica y de nuestra regeneración³¹; y que San Beda vincule la explicación histórica a la sacramental con las siguientes palabras: «*El que vino en agua y sangre*, a saber, el agua del lavabo y la sangre de su Pasión, pues, no solamente quiso ser Bautizado para limpiarnos, consagrando y entregándonos el sacramento del Bautismo, sino que también dio su sangre por nosotros, redimiéndonos con su Pasión, para que alimentados con este sacramento fuéramos nutridos para la salvación»³².

31. El texto completo del *De Baptismo* 16 de Tertuliano es el siguiente: «A decir verdad, tenemos todavía un segundo bautismo, también único, el de sangre, del que el Señor afirma: “Todavía tengo que recibir un bautismo” (Lc 12,50), aunque en realidad había sido ya bautizado. El había venido, como escribe Juan, “por medio de agua y sangre” (1Jn 5,6), es decir, para ser bautizado en el agua y para ser glorificado en la sangre». Por tanto, por medio del agua del Bautismo hace sentir su llamada; y por medio de la sangre [del martirio], concreta definitivamente su elección. Por eso hizo salir estos dos bautismos de la llaga de su costado abierto (cf Jn 19,34), para que los que crean en su sangre sean lavados en el agua, y los que han sido lavados en el agua, sean lavados en su sangre» (la traducción es nuestra).

32. «*Qui venit per aquam et sanguinem, aquam videlicet lavacri, et sanguinem suae passionis: non solum baptizari propter nostram ablutionem dignatus est, ut nobis baptismi sacramentum consecraret ac traderet, verum etiam sanguinem suum dedit pro nobis, sua nos passione redimens, cuius sacramentis semper refecti nutrireretur ad salutem*» (*In I Ep. S. Iohannis, ad loc.* PL 93,114).